

ÁNGELES

de Ignacio Apolo

Finalista del Concurso de Dramaturgia "Emilio Carballido", México, 1994
Mención Honorífica del Fondo Nacional de las Artes, Argentina, 1995.

Publicada por Revista Tramoya N° 46 ene/mar 96, Rutgers University Camden - Universidad Veracruzana, México.

MUERTE DE LA TÍA

En un ambiente oscurecido por gruesas cortinas, las mujeres contemplan la agonía de la tía. Yace en una cama ubicada allí para la ocasión, bajo un retrato de bodas de principios de siglo: un hombre de bigotes sentado, y una novia corpulenta de pie. Las mujeres, vestidas de negro, parecen su sombra.

Una hermosa adolescente sostiene la mano de la tía. Le han recogido el pelo, lacio y oscuro, en un rodete a la nuca. La han vestido también de negro. Sus ojos enormes están bajos; su cabeza, inclinada. No hay movimiento, excepto el de las respiraciones.

*Una respiración se apaga.
Rosario se persigna.*

MADRE: Soltále ya la mano, Soledad.

(Pausa)

Nena. Soltále la mano.

(Soledad niega con la cabeza)

No seas boba.

(La madre le quita la mano de la tía. Cruza los brazos del cuerpo tendido sobre el pecho)

Corréte un poco. La vamos a peinar. Si querés ver, sentáte ahí.

Soledad va a una silla del rincón y se queda observando.

ROSARIO: *(mientras faenan con la muerta)* ¿A cuántos espera, señora?

MADRE: A nadie.

ROSARIO: Pero hay gente que quería venir.

MADRE: Nadie va a pisar esta casa ahora. Los que quieran espiar que vayan al cementerio.

ROSARIO: Claro que van a ir. Si viera cómo preguntan.

MADRE: Basta.

Las dos mujeres acomodan a la muerta en silencio. Le limpian la cara, los dedos y los pies. Le colocan un ramo de flores entre las manos. Le pintan las cejas con lápiz, le dan rubor, acomodan las sábanas.

Soledad habla a solas, sin ser escuchada.

SOLE: Perdí la voz.

Yo no sé por qué. Por más que trato de hablar; muevo la boca y largo aire, pero no pasa nada.

(Se toca el cuello)

No me funciona esto.

Cuando la tía todavía me podía hablar, yo también podía, pero muy despacito, casi como ella. Después quedé así.

Yo no sé si la tía me escuchaba; ella hacía como que sí. Se debía imaginar lo que yo le contestaba, y yo también, porque no se le entendía mucho. Creo que me preguntó si iba a estar bien sin ella. Me lo pidió.

Sí, tía, le dije, vos no te preocupes.

(Sonríe)

Me miraba. Estás cada día más linda, me decía, te quiero más que a nadie, más que a una hija.

Me hizo llorar un montón.

Hasta que mamá dijo que no llore.

Bueno, mejor que no llore. Ellas no lloran, y eso que es un velorio. Yo no sabía que eran así, al final, los velorios. Me imaginaba un montón de gente, y mujeres llorando.

Se le acerca Rosario.

ROSARIO: ¿Quiere un té, o un poco de caldo, Soledad?

(Soledad niega con la cabeza)

Cuando quiera, me avisa, me toca el hombro, ¿sabe?

Soledad asiente.

La mujer saca un rosario y se sienta a rezar. La madre, mientras tanto, se acomoda un velo, rígida e inmóvil.

SOLE: Yo no sé si querían que fuera al cementerio o no, pero no me daban las piernas cuando me quisieron llevar. Rosario pensó que yo estaba enferma, o muy triste. Pero mamá se enojó mucho, y me pidió casi a gritos que me deje de...

No sé. Ahora me parece que se tomó más en serio lo que me pasa. Va a traer a alguien para que me vea, a alguien que conoce de estas cosas. Y me dijo que no salga ni le abra a nadie, como si yo saliera o le abriera la puerta a la gente...

Entonces te encontré a vos.

Rosario y la madre se llevan la cama con el cuerpo.

Soledad se acerca al espacio vacío. Hay un sombrero de hombre en el piso.

VIDA

Soledad mira para todos lados.

SOLE: Te olvidaste el sombrero.

(Se para al lado. Lo señala)

Está acá.

(Tiempo)

¿No vas a venir a recogerlo?

(Se anima a levantarlo)

Es muy bonito.
Seguro que te queda muy bien. Te debe hacer juego con los bigotes. Qué tonta...

Perdón.

Lo voy a dejar donde estaba.

(Lo pone en el mismo lugar)

Bueno. No lo toco más. Mamá dice que todo lo que toco, lo rompo. Es cierto. Soy una boba.

Pero ojo, no, yo sé cocinar. Cocino muy bien. ¿No quieres que...?

Hago budín de pan con caramelo. Me lo enseñó la tía. Pobre tía.

Y... y fideos con salsa blanca; aunque ésa no me sale tan bien.

La tía tenía buena mano para la cocina. En eso nos parecemos.

Nos parecíamos.

Mirá mis manos: son como las de la tía. Estaba viejita ella, pero las manos no. Yo ya tengo manos de mujer.

Me lo decía en la cama, me decía: Soledad, dame las manos, mirá tus manos de mujer. Nosotras tenemos vida en las manos, no te olvides. Vida. Los hombres pueden hacer magia, pero nosotras hacemos cosas.

Nunca entendí eso. Pero yo sé que las manos se parecían a las mías. Ella era toda viejita, menos sus manos.

(Recoge el sombrero)

No es para tocarlo. Es que si mamá lo ve acá se va a enojar.

Yo no te lo puedo devolver. Pero vamos a hacer una cosa.

(Va a la ventana)

Lo voy a poner afuera, en la ventana. Cuando vos quieras, lo pasás a recoger. Y no vayas a espiar para adentro, ¿eh? Ni se te ocurra.

(En la ventana)

Bueno. Yo lo dejo acá.

Qué lindo día que hace afuera.

¿Sabés? Quiero decirte algo antes...

MADRE: Salí de la ventana, Soledad.

Soledad se asusta. El sombrero cae afuera.

La madre se acerca.

MADRE: No sé qué gusto le encontrás a hacer la pava en la ventana.

Todo el día ahí: te van a ver espiando; sabés que no me gusta.

(Pausa)

Vamos, que no estás haciendo nada. Ayudáme.

Entre las dos bajan el retrato de boda.

LA CASA SE CIERRA

MADRE: Va a venir doña Marta, del barrio norte.

No te asustes, es una buena mujer. Solamente va a venir a verte, a ver qué te dio en la garganta.

¿Probaste de hablar?

(Sole asiente)

Yo no sé. Abrí la boca, querés.

(Mira)

Yo no veo nada.

Bueno, es demasiado pronto; vamos a ver qué pasa.

(Lleva el cuadro junto a la puerta)

No sé qué le veía la tía a esta cosa, pero era su casa.

(Vuelve su mirada a la habitación)

Tu tía vivía de recuerdos. No se puede vivir así.

Igual, las cosas van a cambiar muy pronto. Yo... solamente espero que te cures. Va a ser mejor.

Cierra del todo las cortinas. Se oscurece el lugar.

Y te quiero aclarar algo, nena. Sí, a vos. La casa está cerrada ahora, ¿me escuchaste? No te quiero ver asomada a la ventana.

Vas a tener toda la vida para pavear como quieras, créeme. Toda la vida. Pero cuando te cures. Todavía no. ¿Me entendiste bien?

(Soledad asiente)

No me mires a mí. Es a vos a la que le dio el aire, y es por meter el cogote en cualquier parte. Te la tenés que aguantar.

Tiempo.

Ahora que lo puedo decir, se te nota tanto a quién saliste...

Soledad baja la vista.

Bueno, disculpáme. Ya vamos a ver...

Sale.

JUEGOS DE SALÓN

Cuando se va la madre Soledad corre a la ventana. La abre con temor.

Se asoma y ve el sombrero. Se zambulle como puede.

Lo recoge y lo entra.

Cierra la ventana. Descansa contra la pared.

SOLE: Perdón.

Perdonáme. Se me cayó.

(Lo limpia con las mangas)

Soy una tonta.

Está... está limpito, mirá. No pasó nadie. Y no me vieron, ¿me perdonás? Te lo voy a guardar, así no se arruina. Pero no sé dónde; mamá no va a querer que guarde cosas.

Perdonáme, me siento mal. Mirá si llovía y se mojaba.

No. Lo voy a guardar conmigo, al lado de la cama, abajo de la colcha.

Tengo un escondite ahí.

(Sonríe)

Es como un huequito que queda entre las patas y la colcha, ahí abajo. Lo voy a poner ahí abajo. Vos no le digas a nadie. Es nuestro secreto.

(Se ríe)

No sé si va a entrar, porque es un poco grande.

(Se ríe más fuerte)

Te estoy diciendo cabezón. ¡Tenés una cabeza enorme, mirá!

(Se pone el sombrero, que le tapa los ojos)

¡No veo nada, quién apagó la luz!

(Juega al gallito ciego)

¿Estás ahí, cabezota? Si te agarro, gano.

(Corre para un lado y para otro)

Mirá que no veo nada, ¿eh? No vale hacer cosquillas, y no vale agarrar por atrás. Vas a ver que soy más rápida que vos.

Ríe y corretea.

De pronto se detiene.

¿Qué toqué?

(Se quita el sombrero)

¿Te toqué?

Si te toqué, gané.

¿Gané?

Una prenda: tenés que adivinar adónde escondo el sombrero.

(Corre buscando un lugar)

No mires.

No mires.

(De pronto lo esconde debajo de su falda, atrás, y lo sostiene con una mano)

¡A que no lo descubrás, te apuesto **todo!** Te apuesto todo, todo.

(Va recorriendo los rincones, y se ríe)

Frío. Frío, frío. Friísimo

Tibio. Tibio, tibiecito.

Caliente, caliente, no vale que me persigas.

Caliente, caliente.

(Corre como puede por la habitación)

No vale. Calentísimo. No vale perseguir.

Te quemás, te quemás, no vale.

De pronto, en la carrera, queda abrazada a su madre que ha llegado con doña Marta. Cierra las piernas para atrapar el sombrero.

D.MARTA: La nena.

MADRE: Sí, acá está.

(Le acaricia la cabeza)

PRIMERAS CURACIONES

Doña Marta lleva una bolsa y un pañuelo en la cabeza.

Observa en silencio.

D.MARTA: Déjemela.

MADRE: Sole, andá a que te vea.

Sole sigue abrazada.

D.MARTA: ¿Qué hay?
 MADRE: Está tonta. Ya se le pasa. Es que le dio un aire.
 D.MARTA: Le dio un aire.
 MADRE: Al cuello. Y no habla. Yo no sé.
 D.MARTA: Soledad.

(Soledad saca la cabeza y la mira)

Venga acá.

(Soledad va lentamente)

Venga más.

MADRE: Es un aire.
 D.MARTA: Sí.

(Pausa)

Hable, m'hijita.

(Soledad niega)

Hable.

(Soledad lo intenta, pero no suena)

Ahá. Ábrase la blusa, m'hija.

Soledad, asustada, mira a su madre. La madre se le acerca seria y mira a la doña.

D.MARTA: Abra nomás.
 MADRE: Abríte.

Soledad se abre la blusa, y deja a la vista su torso delgado, perfecto y tembloroso. El corpiño ancho le ciñe los pechos grandes. La madre le mira el cuerpo sorprendida.

La doña toca con una mano las costillas y el estómago, y luego la baja sobre el cuerpo. Soledad se asusta. Mira a su madre.

Doña Marta quita la mano. La levanta y le toca el cuello.

MADRE: Es un aire.
 D.MARTA: Saque el sostén.

Soledad niega desesperada.

MADRE: ¡Pero qué cosa! Si no es nada...
 D.MARTA: Dése vuelta, señora, si la chica no quiere que la vea.

Soledad mira a su madre con ojos llorosos. La madre gira la cabeza.

D.MARTA: Quítele usted, ¿me hace el favor?

La madre se ubica detrás y le desprende el corpiño.

Soledad se lo levanta y lo deja sobre sus hombros. La doña emite un gemido casi inaudible y acerca su cara a los pechos.

Soledad, inmóvil, llora.

Doña Marta toca, pero Soledad le atrapa el brazo y se lo quita.

D.MARTA: *(a la madre)* Es un aire.
 MADRE: ¡Qué le dije! Esta boba, todo el día en la ventana.

Soledad se baja el corpiño, su madre se lo abrocha. Se apresura a prenderse la blusa.

- D.MARTA: Y además una edad mala, señora. No es un aire y nada más.
No es. Pero se va a poner bien.
- MADRE: Más vale.
- D.MARTA: No me la deje afuera. Tiene calor abajo y el cuello frío.
(Recoge la bolsa)
Usted me la tiene acá adentro, y que no hable.
(Se señala el cuello)
Que no mueva.
Prenda una vela que yo le hago las oraciones. Es una edad mala.
(Sale con la madre)
La semana que viene le hago las curas y va a andar bien.
- MADRE: Le dije que era un aire.

LOS HOMBRES

*Soledad se saca el sombrero de entre las piernas.
Está abollado.
Se acurruca para recomponerlo, temblando, tratando de no ser vista.*

SOLE: Todo lo que tocás, lo rompés, Soledad; todo lo que tocás, rompés. Pero no se rompió, no se rompió, yo lo arreglo. Con las manos lo arreglo, así, con las manos. Es un horror, es una vergüenza.

No podía caminar... Y vos me estabas mirando.

¿Me estabas mirando?

Contestáme.

Me viste.

Me viste desnuda.

No voy a poder perdonarte. Nunca.

No te voy a perdonar.

Me viste. ¿Qué voy a hacer ahora?

Quiero que te lleves este sombrero y que no vuelvas nunca más. Y si no, le voy a contar todo a mi mamá. Le voy a decir que viniste acá para mirarme. Y yo no quería. Yo no quiero nada. ¿Todos los hombres son tan malos como vos? Entonces prefiero estar sola.

(Deja el sombrero en un rincón de la ventana tapado por las cortinas)

Yo no quiero nada.

(Se sienta derechita, las piernas juntas, las manos en las rodillas)

Estoy enferma, pero me voy a curar.

Yo sola.

Yo sola.

*La madre entra en silencio, seria, y la observa.
Soledad la descubre.*

- MADRE: Ya escuchaste. Quedáte tranquilita, y se te va a pasar.
(Pausa)
Mala edad. No sabía que... habías crecido tanto. Claro, sos una nena todavía, pero creciste mucho ya. Mejor.

(Se va a ir, pero se detiene)

Soledad.

Doña Marta es una buena mujer, quiero que lo sepas. Y quiero que le hagas caso siempre, ¿me oís? Vos hacéle caso. No importa lo que digan. Ella te va a hacer bien. Yo...

Yo te voy a decir una sola cosa:

Tené cuidado.

Ahora no va a pasar nada, pero después, ¿quién sabe? Hay hombres buenos y hombres malos. O hay hombres malos y hombres menos malos. Una no sabe, qué va a saber, y más a tu edad. Yo era muy tonta cuando conocí a tu padre.

Los hombres son todos iguales; ya lo vas a entender.

No quiero que te lo olvides nunca. Si me hacés caso no te puede ir mal.

(Se le acerca. Se detiene)

Pero no importa. No sé para qué te digo todo esto. No vas a ser tan boba.

Hasta me parece inútil.

De seguir así, no creo que te vaya a aparecer nadie. No sé para qué te hablo a vos de hombres, a pesar de lo que vas teniendo. No creo que te aproveche.

Dios te proteja.

Por ahí es mejor.

CARICIAS

La madre sale.

Soledad permanece sentada.

Tiempo.

SOLE: Mejor.

Mamá me quiere.

Yo también.

A veces se lo diría, pero no puedo hablar. Me tengo que curar.

(Se toca la frente)

Tengo temperatura.

Mejor me acuesto.

No sé si puedo subir las escaleras. A la tía le trajeron la cama.

Tía, cuando te fuiste vino un hombre malo. Es el hombre de la bolsa. Mi tía tiene las llaves del cielo que le dio San Pedro, las tiene escondidas, ¿sabés? ¿Y sabés lo que haría yo con las llaves?

Encierro al hombre malo, ¿me oís? O lo dejo afuera, para que chille y se retuerza, por malo.

¿Me escuchás?

Yo te iba a contar un secreto, malo. Y ahora no te cuento nada, porque ustedes los hombres no saben guardar secretos. Con la tía teníamos un montón; todos los días nos contábamos uno, desde que vine acá cuando era chiquita. Yo me los acuerdo todos, y no te voy a decir ninguno.

Tiempo.

Se toca la mejilla derecha.

Tengo una marquita acá, ¿la ves? Acá. ¿A que no sabés por qué?
¿Ves que no sabés nada? Los hombres son todos iguales.

(Se manosea la mejilla con fuerza)

Me lo dijo la tía.

(Se pellizca y aprieta. Se va sentando en el piso junto a la silla)

Ella me la acariciaba a veces. Y mamá nunca me la tocó.

Mi mamá no me toca la cara. Me toca el pelito, pero nunca la cara.

¿Sabés lo que es eso, vos, hombre malo?

Mi cara es mía y de mi tía, y nadie me la va a tocar nunca más.

(Se refriega la mejilla contra la silla con violencia)

La tía dijo: cuando seas grande y venga el príncipe, te va a besar la mejilla y te va a borrar la marca, porque el amor de un príncipe es el remedio de las princesitas. Me contaba ese cuento para hacerme dormir.

Ningún amor, ningún príncipe. Vos no sabés nada.

Yo me voy a borrar la marca sola.

(Se arranca lágrimas)

Yo ya soy grande, y no necesito a nadie.

(Se golpea la cara contra la silla)

A nadie.

(Otra vez)

A nadie.

Se golpea por tercera vez con furia y queda inmóvil.

Rosario y la madre traen la cama, levantan a Soledad y la acuestan.

Doña Marta le observa la cara de cerca.

D.MARTA: No es nada. Tiene fiebre. El aire está saliendo.

SEGUNDAS CURACIONES

MADRE: Se le hinchó la cara ayer, y durmió mal.

D.MARTA: Es normal.

ROSARIO: No sé si no habrá que llamar al doctor.

MADRE: Justamente.

D.MARTA: Como usted diga.

MADRE: Por una fiebre de la edad. ¡Por favor!

ROSARIO: Pero mire esa carita, señora.

MADRE: Se golpeó. Andaba corriendo de un lado al otro, y le tengo dicho que se quede quieta.

ROSARIO: ¡Si es una nena!

MADRE: Rosario...

Rosario calla.

D.MARTA: Tiene algo en la cara.

MADRE: ¿Sí? Ah, una marquita, sí.

D.MARTA: ¿Qué le pasó?

MADRE: De chiquita. Se le rompieron unos platos y se cortó la cara.

D.MARTA: Bueno.

Traigan los paños fríos.

Rosario sale.

D.MARTA: ¿Qué pasó?
 MADRE: Está así por la tía; y no me escucha cuando le explico. Para mí que se quería enfermar ella sola, y ahí la tiene.
 D.MARTA: ¿Ya le explicó todo, señora?
 MADRE: No me pregunte. Es mi hija; quiero ir de a poco.
 D.MARTA: Usted sabrá.
 MADRE: Sí, yo.
 Pero confío en usted también, ya le dije.
 D.MARTA: Le agradezco.
 Aunque yo no soy la madre.
 MADRE: Por supuesto que no.

Tiempo.

D.MARTA: ¿Habló?
 MADRE: No, no habló. Yo no sé si no puede o se hace la que no puede.
 D.MARTA: No debe poder.

La observan en silencio.

D.MARTA: Diga, ¿no le calentaría la bolsa de agua?
 MADRE: Ahora viene Rosario.

Doña Marta le sostiene la mirada.

MADRE: Bueno, ya vengo.

Sale llevando la bolsa y se cruza con Rosario, que llega con la olla de paños.

MADRE: ¿Quiere un té, doña Marta?
 D.MARTA: Un té, sí, le agradezco.

Rosario se sienta. Va escurriendo unos paños fríos y se los pone en la frente.

ROSARIO: ¿Vio esa carita, pobrecita?
 D.MARTA: Es preciosa.

*Rosario se atreve a mirar a Doña Marta.
 Finalmente, baja la vista y habla.*

ROSARIO: La marca se la hizo el padre.
 D.MARTA: ¿No me diga?
 ROSARIO: No habría que mentirle a usted, doña Marta, si la va a curar a Soledad. Pero no le diga nada a la señora, por favor.
 No le diga.
 D.MARTA: ¿Ella no sabe?
 ROSARIO: Claro que sabe, si a ella también... No.

A Soledad no le había pegado nunca él, y esa vez fue la única. Le abrió la carita con la hebilla del cinto, ¿sabe?

(Pausa)

Tres añitos tenía la nena. Era cuando vivíamos en la ciudad, y... el trago, doña Marta, la farra, y todo eso.

(Pausa)

Yo no sé; no era un hombre bueno. No quiero decirle las cosas que sé, yo era jovencita...

D.MARTA: Ya.

ROSARIO: No creo que se acuerde; Soledad, digo.

Por ahí sí, usted sabe cómo son los chicos. El padre tenía amistades. El no quería que se lo conozca de casado, ¿me entiende?

Lo conocían mucho así, mucha gente; era conocido. ...Y ya andaría con alguna.

(Pausa)

El, yo no sé, él les decía a todos que la señora era su cuñada, y que la nena era su sobrina, pobrecita. Le dijo "papá" adelante de no sé quién y usted sabe, él la negaba. El trago, o vaya a saber. Le dijo papá y... le cruzó la cara.

(La acaricia)

Esa carita...

MADRE: Si le toqueteás tanto la cara se la vas a terminar de hinchar.

Rosario, ocultando su rostro, sale apresurada.

ROSARIO: Usted perdone.

MADRE: Es té de manzanilla. ¿Gusta unos bizcochitos?

D.MARTA: Sí, muchas gracias.

MADRE: Duerme.

¿Cuánto cree que puede hacer?

D.MARTA: Cada cual lo suyo.

MADRE: Para cuándo, le estoy preguntando.

D.MARTA: Señora...

Mejor que descanse.

MADRE: Tiene razón. Vamos a la cocina.

*La luz decrece hasta iluminar solamente el rostro de la niña dormida.
Luego, la luz se amplía.*

SILENCIO

*Soledad despierta. Se levanta y va a buscar el sombrero escondido.
Lo lleva a la cama.
Se sienta, con las piernas colgando y el sombrero en la mano.*

SOLE: Nadie te vio.

Tenía miedo. Pensé que por ahí venías a buscarlo y yo no te podía atender. Te ibas a enojar.

Mamá y Rosario no saben nada.

¿Y si lo encontraban?

Lo voy a esconder donde te dije.

(Esconde el sombrero bajo la colcha, entre las patas de la cama)

Ya está.

Estoy enojada con vos, no me olvido. Pero no tengo ganas de pelear.
Estoy enferma.

(Pausa)

Pensé en algo estos días.

Voy a hacer una cosa.

Yo...

(Se levanta. Se para con firmeza)

Te voy a ir a buscar.

Lo tengo todo pensado, no soy tan tonta.

Te voy a buscar, pero tengo que tener cuidado: mamá y Rosario todavía no saben nada, y por ahí se lo toman a mal. Sobre todo Rosario, que es muy sensible. Mamá no.

Mamá es una mujer muy fuerte. La tía me lo dijo.

La tía la admiraba. Me decía: vos te parecés mucho a tu madre, Sole.

Ojalá que heredes su fuerza. Y debe ser cierto.

(Tiempo)

No me llevo nada: los zapatos, el saquito y un sombrero.

(Se pone los zapatos)

Sí que tengo fuerza; mirá cómo me estoy curando.

La tía tenía razón. Mamá no se va a molestar. Nunca se molestó. Vino papá y le dijo: las dejo; y mamá le preguntó: ¿qué decís? Que las dejo, las abandono. Hablaba por mamá y por mí. Ella no le dijo ni mu. Así que ahora tampoco va a decir nada.

(Se pone el saquito)

Se tomó el tren conmigo y se vino para acá. Por eso conozco la estación; la vi una vez y me la acuerdo. Le digo: mamá, me voy.

Y mamá no dice ni mu.

(Se para derecha)

Las abandono.

(Tira la lámpara de la mesita con un movimiento seco)

Las dejo. Me voy.

(Empuja una silla)

Pero tenés una aire en el cogote, nena.

Boba.

(Levanta otra silla)

Ya me curé.

(La arroja con violencia contra la otra)

No te curaste.

Me curé.

¿No escuchan cómo hablo?

(Las pateo)

¿No me escuchan?

(Golpea con furia la lámpara contra las sillas)

Escuchen.

Golpea objetos con estruendo, salta, rompe, y vuelve a arrojarlos. Entran corriendo Rosario y la madre, e intentan detenerla.

MADRE

ROSARIO: ¡Soledad!

Mi amor, ¿qué pasa?

Sole se detiene.

MADRE: Soledad, ¿qué pasó?

Soledad la mira y pateo una silla.

MADRE: Basta.

Soledad vuelve a patear. Rosario la rodea con sus brazos.

MADRE: Basta, Soledad, me hartaste.

(La arranca de los brazos de Rosario)

¿Vos qué te pensás, nena? ¿Qué te pasa? Contestáme y hablá, hablá de una vez.

ROSARIO: No la asuste.

MADRE: Vos te callás.

Soledad, habláme o te ligás un sopapo.

ROSARIO: ¡Pero no ve que no puede!

Rosario recibe un cachetazo de la madre.

MADRE: No me vuelvas a decir cómo criar a mi hija.

ROSARIO: No se preocupe, señora.

Usted sabe mejor que nadie.

Rosario sale.

Madre e hija quedan en silencio.

La madre la sienta y empieza a acomodar los objetos.

MADRE: Soledad.

Ahora que no hay nadie vamos a hablar de mujer a mujer de una vez por todas. Decíme lo que tengas que decirme. Y decímelo ya, porque te juro que si no, de verdad que no me vas a volver a hablar en toda tu vida. Vos no sabés qué en serio que te lo digo.

(Pausa)

¿Qué te hice?

(Pausa)

¿Alguien te hizo algo? ¿Tenés algún problema?

(Pausa)

No querés hablar. Entonces hacéme una seña si me estás escuchando, o si te importa algo en la vida.

(Pausa)

Muy bien. Me vas a escuchar a mí entonces, si querés; y si no, no me escuches. Pero quiero que sepas que esto es lo último que te voy a decir. Yo...

(Se detiene)

No, yo no. Vos, Soledad, vos solita.

(Tiempo)

Sos un problema, Soledad.

Mirá esta casa, mirá estas cosas. Las cosas rotas, todas rotas, como siempre. Pero no es eso. Yo quiero explicarte para que entiendas: mirá la casa, la casa de tu tía. Quiero que la veas bien. Mirála.

(Pausa)

Y ahora quiero que me mires a mí, miráme; miráme, carajo. La tía no está más. Soy yo la que estuvo siempre con vos en esta casa, ¿me ves? Miráme a mí, y mirá todo lo que hiciste.

¿Lo ves?

¿Me ves?

Bueno.

Cuando no me tengas más, te vas a acordar de mí.

Se va.

ROSARIO

Soledad queda sentada, inmóvil, las manos en las rodillas.

Entra Rosario con una valija, en silencio. Deja la valija en el piso y se acerca a Soledad. La abraza y la besa.

ROSARIO: No.
Así no.

Abre las cortinas. Una luz hermosa se derrama sobre las dos.

Se miran y sonríen. Se abrazan fuerte. Rosario le acaricia la carita. Luego, recogiendo la valija, abre la puerta y sale. La puerta se cierra.

SOLE: Ni mu. No dije ni mu.

Se queda muy quieta.

SECRETOS

Saca el sombrero de abajo de la cama.

SOLE: Vos no tenés la culpa, pero ¿cuándo vas a venir?

La tía me mintió.

Las mujeres también hacemos magia, no solamente los hombres. ¿No viste el truco? Desaparece la gente.

¡A que lo podemos hacer todas! Yo también puedo hacer magia, toda la magia. ¿Querés ver? Me pongo el sombrero y hago magia.

Se pone el sombrero y levanta los brazos.

Adelante, a un costado, aparecen Doña Marta y la madre iluminadas por una luz muy dulce y muy mágica. La madre está de pie; la doña está sentada, escribiendo dificultosamente con un lápiz grueso.

MADRE: Esta es la última, doña Marta. Ahora es mejor que se vaya. Pero no se olvide de anotar la maizena. Va con harina o con maizena.

Si es con harina, hay que cocinarla antes, porque la harina tarda más. Y si es con maizena, se pone al final porque se hace muy rápido. ¿Lo anotó todo?

Le insisto de más, usted perdone. Es que es un secreto de mi abuela, y de la abuela de mi abuela.

Dígale, por favor, que la receta se la dejó su madre.

D.MARTA: Como todo, señora.

Soledad se pone de pie, los ojos bien abiertos, los brazos levantados.

SOLE: Salgamos afuera con el sombrero puesto.

Mirá, llegó la primavera, que es cuando las chicas nos ponemos más lindas.

Demos vueltas a la plaza y que todo el mundo nos mire y nos dé flores. Con un vestido de domingo y colorcito en las mejillas, muy poquito.

¡Lo que van a decir las vecinas! Ahí va la Sole.

La luz sobre la madre crece de nuevo.

MADRE: Váyanse pronto, apenas Soledad pueda. No quiero que la gente hable.

D.MARTA: No va a llevar mucho tiempo, señora. Su hija es fuerte.

MADRE: Y cómprele un sombrero nuevo, le dejo más dinero.

Tome.

D.MARTA: No hace falta más, señora.

MADRE: Es que le hace mal el sol. De chiquita siempre la cuidé del sol, ¿sabe?

Usted la peina así, para atrás, y ella se queda quietita, quietita. Ella es un ángel.

Después le pone un sombrero.

D.MARTA: Un sombrero grande, señora.

MADRE: Sí, claro.

Disculpe.

D.MARTA: Igual la puedo peinar.

Soledad, de pie sobre la cama.

SOLE: Ahí va la Sole de doña Mónica, mirá qué grande está esa chica. Y lo linda que se puso. Sale a su madre, que era tan linda y tan fuerte.

Decímelo a mí. No se podía ir al baile del Sportivo, que ya estaban todos arrastrándole el ala. Decí que se casó joven.

No me hablés, lo que es la vida. Con ese hombre vino a caer.

No me extraña que la Sole haya salido así; tiene los ojos del padre.

Que no tenga el carácter.

El vicio, dirás. Pobrecita.

Carita de ángel.

Doña Marta y la madre.

D.MARTA: Señora, siéntese.

MADRE: Gracias.

Es la humedad. Está muy pesado. Una ya no es lo que era antes.

D.MARTA: A todas nos va llegando.

Tome esto.

MADRE: No, no, gracias.

D.MARTA: Le levanta la presión.

MADRE: Bueno, una copita.

Soledad se quita el sombrero y lo enfrenta.

SOLE: Carita de ángel. ¿Qué sería de nosotros sin vos? Sos la alegría de la casa. Que digan lo que quieran, porque no saben lo que es tenerte.

Que duermas bien. Que sueñes con cien angelitos de oro y uno celeste, más grande y más lindo, que te trae en tren de vuelta a la casa de la tía. Ella está viejita pero te quiere como a una hija. Y yo también te quiero.

Besa el sombrero y se recuesta.

MADRE: Sube rápido. Estoy mareada.

D.MARTA: Incline la cabeza para atrás.

MADRE: Ya se me pasa.

D.MARTA: Es como todo.

MADRE: Como todo. Usted qué sabe...

D.MARTA: ¿Quiere que me vaya?

MADRE: Sí, quiero que se vaya.

D.MARTA: Bueno. Usted me llama.

MADRE: Está bien.

Perdóneme. Perdóneme usted, al menos.

D.MARTA: Sí, señora.

Usted es mujer. Si no nos perdonamos entre nosotras, ¿quién nos va a perdonar?

Doña Marta sale.

La luz sobre la madre se apaga definitivamente.

SOLE: ¿Viste la magia?

(Deja el sombrero en el piso y lo mira, recostada)

Que duermas bien, que mañana nos escapamos. ¿Querés dormir conmigo, acá al ladito, los dos?

No, mejor está ahí abajo. Es mi secreto.

¿Te gusta mi secreto?

(Lo guarda abajo de la colcha, entre las patas, y cierra los ojos)

Lo descubriste porque yo sé abrir las puertas del Cielo. Ése es mi Cielo, mi Cielo y mi lugar secreto.

Hay un montón de hombres. ¿Viste cómo andan? Todos con sombrero. Y las mujeres en las ventanas. Son las princesas que salen al balcón. ¡Mirá cómo miran!

Y Dios.

Dios es el del traje verde. El que no lleva cinturón, el que usa tiradores.

¿Me está llamando?

¿A mí?

No, no importa que sea Dios. No voy a ir. Nosotros nos quedamos juntitos, en mi lugar secreto.

(Se duerme)

DOS MUJERES

MADRE: *(a su hija dormida)* Te vi, Soledad. Te vi.

Te vi levantar los bracitos al aire buscando a tu mamá. Cuando todavía eras gordita y no te habías vuelto mala. Te parabas en puntitas de pie, con la espalda bien derecha. Y le tocabas la cara a la gente con la mano abierta. Yo te vi.

La carita pegada a la ventanilla del tren, cuando toda la gente quería jugar con vos, y vos no querías jugar con nadie. Ni vos misma te acordás de lo que se acuerda tu madre. Yo te enseñé a hablar y nunca aprendiste una palabra que no te haya dicho yo. ¿No te alcanzaron? ¿Es eso? ¿Y qué querías que te enseñe?

Sos tan linda... Te pusiste hermosa sin avisarme. Yo no sé qué tengo que sentir, Soledad, ¿me perdonás? No sé qué tengo que sentir. Seguro que esto no.

Ahora que estás así de grande, ¿de qué vamos a hablar? Ni siquiera me hablás.

Cuando te cae esa mechita de pelo en la frente y abrís la boca, te parecés tanto a mí... Nunca te pareciste tanto. Nunca. Ya no puedo verte más así.

Este es el recuerdo que tenemos las dos.

Cada una verá, a su manera, si somos tan frágiles.

Te daría una caricia, hijita. Pero tengo miedo.

Se levanta rígida, y espera.

Entra Doña Marta. Se ve ahora una valija lista junto a la puerta.

MADRE: Ya está arreglado.

SANGRE

D.MARTA: Usted dirá, señora.

MADRE: No hay mucho más que hablar.

D.MARTA: No.

Tiempo.

MADRE: Limpié yo, no se preocupe por ahora. Cuando se cure, ella sabe hacer.

D.MARTA: No faltaba más, señora. Yo puedo.

MADRE: Y cambié las sábanas.

D.MARTA: ¿Siguió la pérdida?

MADRE: Ya paró.

D.MARTA: Va a andar bien.

MADRE: Muy bien.

Tiempo.

MADRE: ¿Va a necesitar algo más?

D.MARTA: No, señora.

MADRE: Entonces...

(La madre se adelanta)

D.MARTA: ¿La acompaña alguien?

MADRE: No.

(Le da la mano)

No hace falta. Usted puede quedarse ya.

D.MARTA: Si usted quiere yo puedo...

MADRE: *(Se niega y carga su valija)* Gracias.

¿Qué diferencia hay entre una mujer sola o dos?
 D.MARTA: Claro.
 Que Dios la acompañe.
 MADRE: Y a usted.

Se va.

LA SOLEDAD

La luz se hace vaga.

Doña Marta ayuda a Soledad, que apenas camina, a bajar de la cama y arrodillarse.

D.MARTA: Dios te salve María
 llena eres de gracia
 el Señor es contigo.
 Bendita tú eres entre todas las mujeres
 y bendito es el fruto de tu vientre
 Jesús.

Va a cerrar las cortinas. Soledad reza.

SOLE: Santa María, madre de Dios
 ruega por nosotros pecadores
 Ahora y en la hora de nuestra muerte
 Amén.

Mientras Soledad reza, doña Marta coloca velas de colores, anchas y bajas, alrededor de la cama. Salpica con agua bendita el lecho. Luego las paredes del fondo y las cortinas. Bendice con el agua a Soledad, a sus espaldas.

SOLE: Dios te salve María, llena eres de gracia
 el Señor es contigo.
 Bendita tú eres entre todas las mujeres
 y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Doña Marta se arrodilla frente a Soledad. La mira a los ojos.

D.MARTA: Soledad, ¿puede hablar?

(Soledad abre la boca)

Espere.

Espere.

(Le pone una mano en el cuello, y se persigna)

No hable, Soledad.

(Soledad abre la boca de nuevo)

No. No hable.

Mejor que no hable.

Le cierra delicadamente la boca, y le bendice con el pulgar los labios.

Usted me hace mucho bien.

Yo ya soy vieja.
Rece por todos nosotros. Rece en silencio.

Finalmente, Doña Marta se sienta en una silla junto a la cabecera de la cama. Baja la cabeza y se queda dormida.

La luz se va apagando hasta alumbrar solamente a Soledad, que sigue rezando.

Santa María, madre de Dios
ruega por nosotros pecadores
ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

La luz sobre ella también se apaga, y todo queda a oscuras.

ÚLTIMAS CURACIONES

En algún lugar distante se enciende un fósforo.

La curandera prende las velas. Se adivina a Soledad dormida en la cama.

Una imposición de manos sobre la frente.

Persignarse, besando el pulgar.

Bendición: tres veces la señal de la cruz sobre el cuerpo dormido.

La destapa.

Le pone una mano en el vientre, respirando, con leves masajes.

Le acomoda el pelo; le acaricia la cara.

Con el pulgar, tres cruces sobre la marca en la mejilla.

Los ojos cerrados. Muy despacio, besa su boca.

Se vuelve finalmente, y abre las cortinas: la luz de un día claro despierta a Soledad.

Soledad se incorpora.

D.MARTA: No se asuste, Soledad. Buen día. Déjeme apagar las velas. *(Mientras las apaga)* Espero que haya dormido bien. ¿Se siente mejor?

Soledad se sienta en la cama, con las piernas colgando. Asiente con la cabeza.

Me alegro. Ya está fuerte de nuevo. Camine un poco, m'hijita, dése unas vueltas por acá.

(Soledad camina)

Le preparé unas ropas que dejó su madre. Ahí tiene para ponerse, y en la valija está lo demás. No sé si quiere revisar. Por ahí llevarse algo más, pero no cargue demasiado que se viaja livianito, ¿sabe?

Soledad mira la valija y no la abre. Toma las ropas. Se viste.

D.MARTA: ¿Y cómo se siente, m'hija? Usted ya está bien del cuerpo, no va a haber problema.

¿Sabe qué? Antes de ir a la estación le traigo un tecito con los bizcochos que quedan y dejo la cocina limpia. Falta la cocina y ya está todo.

Sale.

Soledad queda vestida y deshace la cama. Dobla las sábanas y las mantas. Espía debajo de la cama. Mira a los rincones.

SOLE: No estás más. No estás por ningún lado.

Y no viniste a mi cumpleaños. ¿A dónde te metiste?

Si estás por ahí, vení a saludarme. Mirá que me voy.

Ayer cumplí dieciséis.

Soplé las velitas con Doña Marta, y vos ni apareciste.

¿Sabés qué? Ahora me alegro de irme.

Mamá dejó plata.

Tiempo.

¿Cuándo te escapaste vos? Debés haber venido a buscarme y yo no te podía atender. Estuve enferma. Pero no me importa. ¿Sabés que no me importa?

Entra Doña Marta con la bandeja. La apoya en la cama.

D.MARTA: Tome, Soledad. Cómase todo que ya guardé para el viaje.

Toman y comen.

EL CIELO

D.MARTA: La veo contenta, m'hija. ¿Le molesta que le hable?

No. Usted no se aburre, ya me fijé. La vamos a pasar muy bien. No tiene por qué preocuparse, usted me deja a mí.

La gente que tengo en la ciudad es buena gente, créame.

Hay chicas de su edad en la casa; todas como usted, así, jovencitas, ¿no se me va a asustar, verdad?

Usted piense que son todas como primas; yo vengo a ser como la tía, ¿me entiende? Otra tía.

Le voy a enseñar cómo es todo. Coma bien.

(Pausa)

Vea, las chicas tienen tiempo para salir a la mañana y a la tarde, se va a acostumbrar. Ojo que la ciudad es grande, y la casa ni le digo: usted tiene su piecita, y tiene su dinero para lo que quiera hacer. Las chicas se compran ropa, le cuento, ropa y cachivaches; usted viera cómo se visten en la ciudad.

Pero haga lo que le digan, y no tiene por qué preocuparse de no hablar, que es mejor que no hable, m'hija, es mejor.

Estuve pensando en eso de usted, y le quería decir: ahora sé que es una bendición del cielo lo que tiene, ¿sabe? Una bendición del cielo. Es la inocencia que le sirve para todo y le hace bien. Así como usted no habla, no la echa a perder.

Sepa una cosa: a ellos les va mejor lo que no abunda, lo que no hay. Porque quiera o no, siempre se ve cuando una mujer está echada a perder. Usted no me

va a entender ahora esto que le digo, pero me lo va a agradecer cuando lo entienda. Los hombres se prenden a lo que hay porque siempre hay de lo mismo. No saben de otra cosa hasta que la ven a usted, así. Y ahí nomás, cuando la ven distinta, ahí los tiene usted. Los tiene prendiditos.

Yo le voy a hacer saber cuánto vale eso. Usted vale mucho más de lo que pueda pensar, mucho más, se lo digo yo.

Pero déjeme a mí al principio. Yo la saco adelante.

Tiempo.

Usted es una bendición, m'hija.

Usted es una bendición para esta vieja, y para usted misma. Cómase todo, que me llevo la bandeja y vamos.

Recoje y se lleva la bandeja.

UMBRAL

Soledad abre la valija. Sorprendida, saca el sombrero.

SOLE: No entiendo.

Magia.

¿La viste a doña Marta?

Doña Marta es muy buena. No me dijo nada.

Por ahí quiere que me lo lleve.

No me lo puedo llevar. No me vas a ir a buscar allá; no quiero. Y la ciudad es grande. Hay un montón de chicas.

Bueno, si vas, yo soy la que no habla, la que no abunda...

(Sonríe)

Qué palabra.

(Deja el sombrero sobre la cama deshecha)

El viaje es largo: vos vení a buscarlo acá mejor. De paso, si la ves a mi mamá, decíle alguna cosa.

No sé, vos sabés, decíle que me curé. Que la quiero mucho.

(Pausa)

Cumplí dieciséis y Doña Marta me regaló un sombrero nuevo, ¿te gusta?

(Se lo pone)

Estoy cada día más linda.

Y más grande.

Ya no me asusto de nada, ¿querés ver cómo no me asusto?

Te vas a asustar vos, te apuesto **todo**, todo.

¡A que te asustás!

(Respira hondo y contiene)

A la una, a las dos y a las tres.

Cierra los ojos y se levanta toda la falda.

Luego la deja caer, muy seria.

Abre los ojos

Te gané.

Entra Doña Marta, con otra valija.

D.MARTA: ¿Listo nena? Despedíte de la casa.

*Soledad no hace nada; sólo mira a doña Marta, seriamente.
Doña Marta advierte el sombrero en la cama.
Un instante.*

D.MARTA: Bueno. Vamos entonces.

*La vieja abre la puerta y sale. Soledad va atrás.
Cruzan el umbral.
Una intensa luz les baña la figura del otro lado, en una visión que dura un breve instante. La puerta se cierra.
Luego, el sombrero.
Luego, la oscuridad.*

FIN